

nipotentes; por eso eran esclavos del destino, personificación absoluta de la fuerza, divinidad terrible ante quien se postraban mudos los dioses y los hombres. Por donde se vé que la esclavitud era la ley de las sociedades antiguas; porque la fatalidad era su dogma.

La ley de la esclavitud, que era la ley de la sociedad, lo fué también de la familia. La muger fué esclava, porque fué débil. El materialismo robó al mundo el amor, y al hombre su compañera.

Falseada la constitución de la familia, la antigüedad no pudo acercar á sus lábios la copa de los placeres domésticos, y el hombre, abrumado de pesares, no pudo encontrar solaz sino en las tormentas del foro.

Dedúcese de todo lo dicho, que las sociedades antiguas desconocieron completamente la naturaleza de Dios, la naturaleza de la muger y la naturaleza del hombre, y por consiguiente, la naturaleza de los deberes religiosos, la naturaleza del amor, y la naturaleza de los sentimientos morales.

En el próximo artículo examinaré, tan cumplidamente como me sea posible, cuál fué el efecto de esta civilización materialista, y como materialista falsa, es decir, incompleta, en la literatura de las sociedades antiguas: la ausencia del amor, el envilecimiento de la muger, el dogma de la fatalidad y la adoración de la fuerza en todas sus formas, bajo todos sus aspectos, y en todas sus manifestaciones, constituyen los caracteres esenciales de la poesía de la antigüedad, en la parte que tiene de local, variable y contingente: esa es la parte que debió perecer y que pereció en el naufragio del imperio, cuando los bárbaros del norte, señores de Roma, fueron señores del mundo.

III.

Mr. Cousin ha dicho que lo que distingue á los griegos, entre todos los pueblos del mundo, es el *culto de las formas*: esta proposición no aparecerá ciertamente aventurada al que reflexione que la civilización griega, como manifesté en mi artículo anterior, fué idólatra y materialista.

Para nosotros la divinidad es el símbolo de todas las perfecciones morales; por eso nuestros ojos buscan lo bello ideal, es decir, la perfección, en el cielo: por eso nuestra lira, cuando canta, pugna por revelarnos esa idealidad magnífica en la tierra.

Para los antiguos un Dios era un sér mas ágil, mas fuerte, mas robusto, mas alto, mas hermoso que el hombre: es decir, que para los antiguos un Dios era el bello ideal de las propiedades físicas de la materia, el símbolo de las perfecciones acabadas é inimitables de las formas.

Un pintor cristiano puede hacer de una muger, comun por su hermosura, una vírgen, si acierta á pintar en su fisonomía la sublimidad de la resignación y la ingenuidad de la inocencia: porque para nosotros la idea de una vírgen no está asociada á la de la belleza física, sino á la de la belleza moral.

Entre los gentiles, Venus no podía ser Venus, no podía ser la divinidad de los amores mecida por las olas sobre su lecho de espuma, si el pincel no *idealizaba* sus formas: porque ¿qué hubiera sido Venus, si no hubiera sido bella?

Lo mismo que se dice de la pintura, puede decirse, y por la misma razón, de la poesía.

Un poeta cristiano puede describir la omnipotencia de Dios, sin rasgar la nube resplandeciente que le oculta en su tabernáculo de

fuego; su voluntad rige los astros y conserva los mundos: su voluntad pone un freno á los mares, viste á los campos de verdura, suspenden mil lámparas en el espacio, dá el ímpetu al huracan y su bramido á los vientos, dá su escarlata á la aurora, y su suavidad y su perfume á las flores. La divinidad que inspira á nuestros poetas, puede ser omnipotente sin dejar de ser invisible.

El Júpiter de los antiguos no puede aplacar las olas irritadas sin persuadir ó sin vencer á Neptuno. No puede amansar los vientos sin entrar en lucha ó en tratos con Eolo. No puede vencer la cólera de un torrente sin vencer antes á la divinidad que reposa en su seno. No puede lanzar su rayo sobre la frente de un héroe si antes no vence ó persuade á la divinidad que le ampara: en fin, no puede conservar el equilibrio de los mundos sino teniéndolos amarrados á los eslabones de oro de una pesadísima cadena. Es decir, que la creacion, entre los antiguos, estaba entregada á la merced de fuerzas rivales, y entre los modernos, á la providencia de una voluntad inteligente. Entre los modernos la conservacion de los mundos depende de la voluntad divina: entre los antiguos, de la musculatura de Júpiter. Por eso nuestro Dios con solo querer mantiene todo lo creado, y Júpiter ni aun queriendo hubiera conservado los mundos, si se hubiera escapado de su mano la misteriosa cadena.

El caracter de la civilizacion griega explica suficientemente la ventaja que los poetas antiguos llevan á los modernos en la descripcion de las formas y de los combates materiales: ese mismo carácter sirve tambien para explicar de un modo satisfactorio, porqué la poesía griega es mas rica de imágenes que la de los tiempos presentes. ¿Cómo no seria lozana y rica la imaginacion de los poetas, alimentada á toda hora con el espectáculo grandioso de los juegos gimnásticos y con el espectáculo sublime de las estatuas maravillosas que decoraban los templos? Todo en aquella civilizacion sensual debió contribuir á deleitar los sentidos y á circundar de imágenes voluptuosas la exaltada fantasía. En la ausencia de nuestra divinidad, que reposada y sublime nos provoca á la meditacion, al recogimiento y al misterio; en la ausencia de nuestro Dios, visible solo para los ojos del espíritu, la Grecia divinizaba la pompa de

los pensiles, el terso cristal de los arroyos, el siniestro murmullo de los bosques, el gemido apagado de las fuentes; porque para la Grecia no es la fuente la que gime, no es el bosque el que murmura, no es el pensil el que se engalana con flores, no es el arroyo el que dilata su gasa trasparente por los campos: son las náyades y las ninfas que tendiendo su mágica red de oro por toda la naturaleza embalsamada, estremecida de placer y palpitante, producen esos voluptuosos gemidos, esos misteriosos murmullos, esa variedad portentosa de colores, esas inefables armonías.

Hasta la noche, que es para nosotros la oscuridad y el silencio, era para los antiguos la diosa de la voluptuosidad recatada, era Diana desliziéndose mansamente por las bóvedas del cielo para sorprender, coronada de melancólica verbena, á su cazador dormido, y libar en sus lábios de rubies el suave néctar de sus misteriosos amores.

Tal es el caracter general de la civilizacion y de la poesía de los antiguos, principalmente de la Grecia. La Grecia es un pueblo que canta, un pueblo que pinta, un pueblo que esculpe, un pueblo de artistas, á quienes los dones del ingenio y su magnífico idioma sirven solo para embellecer las formas, para divinizar la materia.

En mi artículo último, demostré que el dogma de la fatalidad fué el dogma de las sociedades antiguas: veamos ya el efecto producido por este dogma en la poesía dramática de los griegos.

Conviene antes de todo advertir que segun la creencia del Cristianismo, coexisten sin aniquilarse mutuamente la Providencia de Dios, es decir la necesidad; y el libre albedrío del hombre: con la Providencia se conservan los mundos: con la libertad puede el hombre turbar hasta cierto punto la armonía preexistente de las cosas: no es propio de este lugar levantar el ánimo á consideraciones metafísicas, para demostrar que es conforme á lo que nos dicta la razón cuanto aprendemos en esta sublime creencia: para mi propósito basta consignarla aquí, como un hecho indestructible.

De este hecho resulta, que así en nuestra poesía dramática como en nuestra poesía épica, el resultado final de la combinacion

artística, ó sea su desenlaze, no es necesariamente previsto, porque no es absolutamente necesario; porque, aun cuando se encuentren en presencia la voluntad de Dios y la libertad del hombre, la segunda puede resistir á la primera en un caso dado, sin que se vulneren los dogmas del cristianismo, y sin que nuestro Dios deje de ser omnipotente; puesto que la resistencia de la libertad del hombre en los casos particulares ha sido *permitida* por su omnipotencia, prevista por su soberana prevision, y comprendida por su suprema Sabiduría,

En las sociedades antiguas, el dogma de la fatalidad suprimia de todo punto el libre albedrío del hombre. Cuando la voz del sacerdote ó de la inspirada Sibila pronunciaba en fatídicas y desordenadas frases los inflexibles decretos de los hados; cuando el destino apoderándose de una raza, la llevaba desalentada y palpitante por todos los precipicios de la vida con su brazo de metal, entonces vanas eran las súplicas, estéril el arrepentimiento, ociosa la penitencia, é inútiles las plegarias; el sacrificio debia de ser irremisiblemente consumado en la tierra; porque habia sido decretado en el cielo. El destino se apoderaba de su víctima, como el buitre insaciable de su presa, cuando no hay quien le ojee en medio de los desiertos.

De estas dos contrarias creencias resultan dos géneros de emociones dramáticas, de todo punto diferentes. El terror dramático, entre los antiguos, tenia principalmente su origen en un combate exterior: entre los modernos, tiene principalmente su origen en un combate interior. Entre los antiguos, el combate de donde nacian generalmente las emociones dramáticas, era el combate entre los dioses y los hombres. Entre los modernos, nacen principalmente del combate solitario del hombre consigo mismo. En la antigüedad, el terror resultaba del encuentro de dos fuerzas físicas; en los tiempos modernos, de la lucha entre dos fuerzas morales. En la antigüedad, la catástrofe era prevista é infalible; porque los dioses debian siempre vencer, y los hombres debian sucumbir, conforme á los decretos de un inflexible destino. En los tiempos modernos, la catástrofe es incierta; porque puede estar indecisa la victoria

entre los deberes que nos ligan, y la libertad que nos constituye; entre el principio que sujeta al hombre á Dios, y el que le hace dueño de sí propio; principios, en cuya lucha reside el secreto de nuestras actuales emociones.

De donde se infiere que el terror dramático de los antiguos y el de los modernos son diferentes entre sí por su origen y por su naturaleza. El de los antiguos, naciendo de la infalibilidad de la catástrofe, abate el espíritu, abruma el corazón, y postra el entendimiento. El de los modernos, naciendo de la incertidumbre, aviva el temor y la esperanza, y exalta nuestras facultades morales. El de los antiguos procede del dogma de la fatalidad, que suprime el libre albedrío y la dignidad moral del hombre. El de los modernos nace de los dogmas de la Providencia del Criador, y de la libertad de la criatura: dogma, que hacen compatibles entre sí la omnipotencia de la voluntad divina y la augusta dignidad de las acciones humanas. En la dramática de los griegos, el hombre era esclavo; en la de la Europa moderna, el hombre es señor de su destino.

Para concluir este artículo, notaré una diferencia, no menos esencial que las que preceden, entre nuestra poesía y la de las pasadas edades. Consiste esta diferencia en el profundo conocimiento que se revela en nuestra poesía épica y dramática, de los caracteres individuales; y en la ausencia total de su conocimiento, que se advierte en los mas acabados modelos de la poesía épica y dramática de los antiguos.

Así como, en la antigüedad, los dioses eran hasta cierto punto la personificación de las fuerzas elementales de la naturaleza física, así tambien los personajes épicos y dramáticos eran la personificación de las facultades morales ó de las pasiones humanas. Aquiles no es un hombre valiente: es el símbolo del valor. Nestor no es un anciano: es el símbolo de la sabiduría de los tiempos. El Ulises de la Iliada no es un hombre prudente y sagaz: es el símbolo de la sagacidad y de la prudencia. El Ulises de la Odiséa no es un hombre que surca las olas y atraviesa los mares, para conquistar una patria que parece le roban los dioses, y que por término de su peregrinacion le conceden los hados: es el símbolo de la humanidad entera,

que llevada por la mano de Dios en frágil barca y por revueltas ondas, surca el mar proceloso de la vida,

El espíritu simbólico de los antiguos, que explica suficientemente la ausencia que advertimos en ellos de caracteres individuales, necesaria de graves y altas discusiones, para ser debidamente explicado. Resistiéndose la naturaleza de este periódico á tan áridas discusiones, me bastará consignar aquí como un hecho, esa tendencia simbólica que se advierte en las sociedades antiguas, y que tan profundamente las separa de las sociedades modernas.

#### IV.

Yo me propongo hablar en este artículo de la muger y del amor: de la muger, ángel de paz que descendió del cielo para disipar las nubes en el horizonte del mundo; y que, mientras que nosotros gemimos, vela al pié de nuestro lecho de dolores. Del amor, esa purísima llama que, como el fuego de Vesta en la oscuridad misteriosa de los templos antiguos, arde inextinguible en los profundos senos de todos los seres creados: del amor, única divinidad á quien ensalzan en coro todos los siglos y todas las gentes; en cuyos altares queman inciensos todas las naciones, y cuyas glorias cantan sin reposarse jamás en sus vibraciones cadenciosas todas las cuerdas de la lira.

En uno de mis anteriores artículos manifesté que, en la antigüedad, el orden gerárquico entre los hombres estaba determinado de una manera inflexible: que la debilidad constituía la esclavitud, y que la libertad y el señorío eran los atributos de la fuerza. Es esto tan cierto, que los hombres libres eran señores y esclavos á un mismo tiempo; señores en sus relaciones con las razas enervadas y débiles que los servían; esclavos en sus relaciones con la raza de los dioses, superior á la de los mortales en agilidad, en

gallardía, en hermosura, y en fuerza. La situación de la muger, en una sociedad constituida de este modo, debió ser amarga y enojosa. El sentimiento íntimo de su debilidad debió degradar su carácter; porque, condenada, como débil que era, á la mas dura servidumbre, debió considerar al hombre como á un Dios de naturaleza mas sublime, y debió considerarse á sí propia como una esclava de sus caprichosos gustos y de sus tumultuosos placeres. El hombre por su parte no pudo amar á su esclava, como ama hoy á la que es su compañera; á la que derrama flores delante de sus pies, para que pise blando en los senderos del mundo; á la que ha tendido una franja resplandeciente de ilusiones por el horizonte de su vida.

El nombre de Aspasia ha llegado hasta nosotros, y aun no podemos comprender cómo el nombre de una prostituta ha salvado la corriente de los siglos, asociado á los de los varones mas ilustres de Atenas. Sócrates, tipo de la moralidad antigua, quemó inciensos en el profanado altar de la impura cortesana: y esa adoracion no ha sido poderosa para rebajar en un punto la dignidad de su carácter, ni para echar un feo borron en sus costumbres sin mancilla.

Este fenómeno no ha sido explicado hasta ahora; á lo menos, el autor de este artículo no ha encontrado una explicacion que le satisfaga en tan importante materia.

La prostitucion está condenada por nuestras costumbres; porque siendo la muger la compañera del hombre, se degrada y se pervierte, convirtiéndose por su voluntad en esclava de sus apetitos carnales. Entre nosotros, la muger que se prostituye, abdica su poder, se despoja de su dignidad, y se hace proverbio y fábula de las gentes. Por eso, los hombres morigerados y los que ocupan un grado eminente en la gerarquía social, no pueden cultivar su trato, sin mancilla de su honra y sin menoscabo de su fama.

Entre los antiguos, la muger no se degrada consagrándose al deleite, porque su destino era deleitar á su señor, y ofrecer como sierva á sus sedientos lábios la copa de los placeres sensuales. De donde nace que, entre los antiguos, una prostituta, siéndolo, no hacia mas que cumplir con las obligaciones de esclava; mientras

que, entre los modernos, la prostitucion es un *crimen*; porque nacida la muger para el amor, no puede prostituirse sin degradarse. Una *sierva* ni se prostituye ni se degrada; porque se arrastra en el cieno. Una reina se degrada y se prostituye cuando, poseida de un vértigo carnál, para entregarse mas libremente á sus torpes apetitos, se despoja de su diadema, y desciende de su trono.

Estas consideraciones sirven para explicar porqué Sócrates, en los tiempos antiguos, pudo cultivar el trato de Aspasia, sin mancharla de sus costumbres; y porqué no hubiera podido cultivarle, en los tiempos modernos, sin menoscabo de su honra.

Siendo la muger, para los antiguos, de una naturaleza inferior á la naturaleza del hombre, y haciendo iguales el amor á todos los que se aman, el amor fué para los antiguos un *mal*, porque causaba una alteracion profunda en las gerarquias sociales, establecidas por las leyes. La ley hacia á la muger *esclava*, y el amor la convertia forzosamente en *compañera* del hombre: no es extraño que el amor fuese considerado por los antiguos como una insurreccion contra la ley; y como las leyes que establecen las gerarquias, son siempre las mas importantes para las sociedades humanas, no es tampoco de extrañar que el amor, que vulneraba esas leyes, fuese considerado por los antiguos como una calamidad pública, signo cierto de la cólera de los dioses.

De este modo está considerado el amor por todos los poetas de las sociedades antiguas. Como el hombre era superior á la muger, el amor en el hombre fué considerado siempre como una debilidad degradante: como la muger era esclava, su amor fué considerado como un crimen, hijo de la mas imperdonable osadía: en uno y otro caso, el amor fué considerado como una calamidad, precursora de grandes infortunios.

La gran confederacion de los Helenos está á punto de allanar las murallas de la gran ciudad de los Pelasgos. Pero al sonar la hora del combate, los dioses amigos de Troya envian furtivamente al Amor, que se apodera de Aquiles. Aquiles, olvidado de su gloria, y de la gloria de los suyos, se reposa fieramente en su tienda, y vé con ojos tranquilos cómo las espadas fulminantes de los héroes

de Ilion siegan las gargantas de los griegos, como si fueran mieses de los campos. Apesar del estrago comun y de la comun ruina, Aquiles permanece en ócio torpe, hasta que la sangre de Patroclo pide venganza á los cielos: solo entonces se levanta el coloso para arrojar su espada invencible en la dudosa balanza de los destinos del Oriente. De este modo un hombre deshace el maleficio de una muger; la amistad es mas benéfica que el amor; aquella nos viene de los dioses amigos; este de los dioses contrarios.

Lo que es Briseida para la confederacion de los griegos, es Elena para la ciudad pelásgica. Sus impuros amores son una maldicion terrible para Troya; una muger es criminal, y la ciudad que la abrió sus puertas, y que la escondió en sus muros, es impura, y abandonada de los dioses: multitud de legiones se lanzan para devorar el seno palpitante de la ciudad maldita. *Amor, tú perdiste á Troya*: Tal es la exclamacion fúnebre, sepulcral que ha llegado hasta nuestros oidos en alas de los tiempos, desprendida dolorosamente de las entrañas de las pasadas edades.

Eneas ha presenciado el incendio de la ciudad condenada irrevocablemente por el inflexible destino: y sin una estrella amiga que le guie, huye lleno de pavor, y se abandona en frágil barca á la voluntad de los dioses, á la volubilidad de las ondas, y á la inmensidad de los mares. Los dioses, amigos de los Pelasgos, habian reservado, para que echase los fundamentos de la ciudad eterna, al último descendiente de su generosa raza. Una muger le detiene con sus encantos: el amor embarga con deleites sus sentidos, y sujeta con redes de oro sus miembros. La intervencion de los dioses del Olimpo, fué entonces necesaria para arrancarle del seno de la nube misteriosa, que ocultaba con sombra apacible sus amores, y para hacer que se cumplieran en el mundo los irrevocables decretos de los hados.

*Tantæ molis erat romanam condere gentem.*

Ulises surca las ondas por mares apartados; sobre las tersas aguas de los mares tiende su alfombra de verdura una isla perfu-

mada : en esa isla deleitosa , que arrojó un Dios en el desierto de la mar como una magnífica oasis, vive una muger hermosa que deleita con su voz , que seduce con su canto , que fascina con sus ojos , que embriaga con riquísimos perfumes , y que aprisiona con una cadena de flores al incauto navegante. Jamás el rey prudente entre los reyes , tuvo que luchar con un hado mas adverso , ni sintió tocada su nave por un escollo mas áspero. El amor , es decir , el embrutecimiento y la muerte , le aguardaban en la perfumada isla de la seductora Sirena. Solo el cielo que se le mostraba apacible , pudo libertarle de los encantos de Calipso ; mientras que su sagacidad y su prudencia habian podido libertarle de las asechanzas de los hombres.

La muger es siempre , entre los antiguos , un ser maléfico , presagio de desventuras. El amor es siempre un impedimento para las grandes cosas y para las heroicas acciones ; un obstáculo que se levanta contra los altos y generosos designios. Tales fueron el amor y la muger en las sociedades antiguas : y tales son en la Epopeya Homérica y en la Epopeya Virgiliana.

Hasta aquí me he contentado con demostrar que , siendo el amor entre los antiguos un gran atentado contra las leyes , porque era el elemento perturbador de las gerarquias sociales , fué considerado siempre como una calamidad pública , como un solemne anatema lanzado contra los pueblos por los dioses. Ahora voy á demostrar que fué tambien una desgracia privada , y un principio de grandes y terribles infortunios.

Siendo la muger de una naturaleza inferior á la naturaleza del hombre , su amor no fué considerado solamente como una debilidad degradante , sino como un crimen nefando , que debia espiar con los mas punzantes dolores : si á esto se agrega que el amor de la muger , como condenado por la opinion pública y por las costumbres , debió ser rara vez correspondido , no se extrañará que , falto de correspondencia , es decir , de alimento , degenerase en fiebre interior y en loco frenesí , y que produjera en las entrañas de la muger los mas horribles estragos.

El amor convierte en tigre á Medea , y pone en su mano el pu-

ñal del parricida. El amor convierte á Fedra en un mónstruo , espanto de los mortales y de los dioses ; el amor la conduce hasta el incesto , hasta el suicidio. Safo ama , y desenfrenada bacante , la hermana de las musas , la señora de la lira , pone horror á las vírgenes de Lesbos. Dido ama , y la reina de Cartago se arroja como una furia rodeada de serpientes en el encendido abismo de la devorante hoguera.

Tal es el amor en las sociedades antiguas ; donde quiera que aparece , allí va con él la cólera del cielo ; sintomas siniestros le anuncian ; las turbaciones le preceden ; los crímenes y los remordimientos le acompañan ; los infortunios y las catástrofes le siguen. Con él se turban las familias , y se conmueven las sociedades , y vacilan y se desploman los imperios. El amor , en las sociedades antiguas , no es nunca el amor : cuando no es el deleite , es un delirio.

En los cuatro artículos que he dedicado , 1.º á fijar la cuestion que se ventila , mucho tiempo hace , entre dos escuelas opuestas : y 2.º ; á manifestar la correspondencia íntima , profunda que existe entre la civilizacion y la literatura de las sociedades antiguas , no me propuse nunca formar un tratado de estética , sino abrir un camino mas filosófico y mas ancho á nuestra crítica literaria ; y sobre todo , demostrar que si en las obras de las artes hay ciertos tipos de belleza que son eternos y absolutos , hay tambien principios que , teniendo su origen en el caracter especial de la civilizacion de un pueblo , pasan cuando esa civilizacion ha pasado.

Esta manifestacion será elevada al grado de un principio lógico indestructible , en los artículos siguientes que pienso dedicar al rápido análisis de la literatura y de la civilizacion que son propias de las sociedades modernas. Solo cuando nos hallemos en posesion de la índole y de la naturaleza especial de esas dos sociedades y de esas dos literaturas contrarias , nos hallaremos en estado de distinguir cuáles , entre los principios de buen gusto que para el vulgo de los críticos pasan por axiomas , son inmutables y eternos ; y cuáles , instables y contingentes. Entonces y solo entonces podremos con conocimiento de causa ajustar de un modo conveniente las diferencias que existen entre los clásicos y los románticos.